

Yo soy el monstruo que os habla

Paul B. Preciado

FONT: PRECIADO, P. (2020) *Yo soy el monstruo que os habla*. Nuevos cuadernos Anagrama.

Honorables señores y señoras de la Escuela de la Causa Freudiana, estimados señores y señoras psicoanalistas, y no sé si vale la pena que diga también honorables todes aquellos que no son ni señoras ni señores, porque no creo que haya entre ustedes ninguna persona que haya oficial y públicamente renunciado a la diferencia sexual y que haya sido aceptada como analista de pleno derecho, y que haya podido atravesar con éxito el proceso que ustedes llaman el «pase», y que les confiere el derecho de analizar a otros; si hubiera una persona así entre ustedes, si ese psicoanalista trans, no-binario existiera y hubiera sido admitido entre ustedes como experto y estuviera aquí hoy, mis saludos para ese honorable mutante serían aún más cálidos.

Me hacen ustedes el honor de presentar a la Academia un informe de mi vida como hombre trans. No sé si podré complacerles y aportar datos que ustedes, señores y señoras académicos, no conozcan de primera mano, pues, como yo, están insertos en un régimen dominado por la diferencia sexual y, por tanto, casi todo lo que yo pueda decirles lo habrán vivido ustedes mismos, de un lado u otro de la frontera de género, aunque quizás ustedes se piensen como hombres o mujeres naturales y tal suposición les haya impedido observar el dispositivo en el que se encuentran con una distancia saludable. Me perdonarán si en el relato que estoy a punto de compartir con ustedes no doy por supuesta la existencia de tales naturalezas de la masculinidad y de la feminidad. No necesitan abdicar de sus creencias -porque de creencias se trata - para escucharme. Óiganme primero y luego vuelvan a su vida natural - o mejor sería decir naturalizada - si pueden. Déjenme que para atreverme a presentarme frente a ustedes, puesto que ustedes son 3.500 y yo me siento un tanto solo de este lado del estrado, coja carrerilla y salte sobre los hombros del maestro de todas las metamorfosis, del mejor analista de los excesos que se

esconden bajo el tejado de la razón científica y de la locura que toma el nombre compartido de salud mental: Franz Kafka.

En 1917, Kafka escribe «Ein Bericht für eine Akademie», «Informe para una academia». El narrador del texto es un simio que después de haber aprendido el lenguaje de los humanos se dirige a una academia de altas autoridades científicas para explicarles lo que el devenir humano ha supuesto para él. El simio, que dice llamarse Pedro el Rojo, cuenta cómo fue capturado por una expedición de caza organizada en la Costa de Oro por el circo Hagenbeck, cómo fue alcanzado por dos balas, cómo fue después trasladado hasta Europa en un barco, traído a un circo de animales e instruido hasta convertirse en un hombre. El híbrido de mono y de hombre narra cómo para poder aprender el lenguaje humano y entrar en la sociedad de la Europa de su tiempo se vio forzado a olvidar su vida de simio hasta convertirse en un hombre alcohólico. Dejaré de lado aquí el alcoholismo y la extraordinaria intuición de Kafka según la cual no es posible humanizarse sin alcohol. Lo más interesante del monólogo de Pedro el Rojo es que Kafka no presenta su historia de humanización como un relato de liberación, sino más bien como una crítica del humanismo europeo. Una vez capturado, el simio no tenía más opción que morir dentro de una jaula o vivir dentro de la jaula de la subjetividad humana. Y es desde esta nueva jaula de lo humano desde la que se dirige a la academia de científicos.

Pues bien, académicos del psicoanálisis, como el simio Pedro el Rojo se dirigía a los científicos, yo me dirijo hoy a ustedes desde la jaula del «hombre trans». Yo, cuerpo marcado por el discurso médico y legal como «transexual», caracterizado en la mayoría de sus diagnósticos psicoanalíticos como un «enfermo mental» en mayor o menor grado, como un «disfórico de género», o estando, según sus sofisticadas y dañinas teorías, más allá de la neurosis, al borde o incluso dentro de la psicosis, habiendo sido incapaz, según ustedes, de resolver correctamente un complejo de Edipo o una envidia del pene. Pues bien, es desde esa posición de enfermo mental en la que ustedes me colocan desde donde me dirijo a ustedes, señores académicos, permítanme que les tutee por un segundo, como un simio humano de una nueva

era. Yo soy el monstruo que os habla. El monstruo que vosotros mismos habéis construido con vuestro discurso y tras prácticas clínicas. Yo soy el monstruo que se levanta del diván y toma la palabra, no como paciente, sino como ciudadano y como vuestro semejante monstruoso.

(...)

Poco puedo yo decirles sobre las «mujeres en el psicoanálisis», simplemente que yo también soy como Pedro el Rojo un tráfuga, que yo también fui un día «una mujer en psicoanálisis», también a mí se me asignó género femenino, y, como el simio mutante, yo también salí de esa jaula mortífera, para entrar quizás en otra, pero desde luego esta vez por mi propio pie.

Les hablo hoy desde la jaula escogida y rediseñada del «hombre trans», o, para ser más exactos, de «cuerpo vivo de género no-binario», una jaula política que es en todo caso mejor que la de los «hombres» y la de las «mujeres» porque al menos reconoce su estatuto de jaula.

(...)

No debo la fuerza que me permitió sobrevivir ni a la psicología ni a la psiquiatría, sino todo lo contrario. La debo, puesto que nunca tuve excesivas cualidades para la socialización, a los libros que fueron para mí como guías en la travesía del desierto del fanatismo de la diferencia sexual, libros que, como lo hicieron en el siglo XVI las obras de Giordano Bruno o de Galileo enfrentándose a la representación cosmológica geocéntrica, se alzaron contra los relatos psicoanalíticos, médicos y legales en los que desafiar el binarismo era entrar en la psicosis. (...)

No, yo no quería convertirme en un hombre como los otros hombres. Su violencia y su arrogancia política no me seducían. No quería tampoco eso que los hijos y las hijas de los blanquitos burgueses llamaban ser normal y estar sano. Buscaba únicamente una salida: adonde fuera. Avanzar, escapar de esa parodia de la diferencia sexual, con tal de no detenerme con los brazos en alto, ahogado contra los límites de esa taxonomía. Así es como empecé a inyectarme testosterona,

rodeado de un grupo de otros que como yo también buscaban una escapatoria. Así fue como eso que llaman «la condición femenina» salió de mí dando tumbos, llevándome en su deriva más lejos de lo que yo nunca hubiera podido imaginar. Pero lo repito: yo no quería ser hombre; yo buscaba una salida.

Temo que no entiendan bien lo que para mí significaba encontrar una «salida». Empleo la palabra en su sentido más preciso y más común, como cuando se coloca un cartel en un lugar que indica el camino a seguir. Intencionadamente no digo libertad, sino que me refiero a «salir» de un régimen de la diferencia sexual, lo que no significa convertirse inmediatamente en libre. No conocí la libertad siendo una niña en la España franquista, ni después cuando era lesbiana en Nueva York; tampoco la conozco ahora que soy, según dicen, un hombre trans. Ni entonces ni ahora pedí que me «dieran» la libertad. Los poderosos no dejan de prometer la libertad, pero cómo podrían ellos dar a los subalternos algo que ni ellos mismos han conocido. Tan atado está el que ata como aquel sobre el que se trenzan las cuerdas. Y eso vale también para ustedes, amigos psicoanalistas, los grandes expertos en desatar y sobre todo en reatar el inconsciente, los grandes vendedores de promesas de salud y de libertad. Nadie puede dar lo que no tiene ni lo que nunca ha conocido. Del mismo modo, muchos se engañan, entre «hombres» y «mujeres», con esa cancioncilla de la liberación, pues, precisamente porque la libertad es uno de los valores más prominentes de nuestras sociedades de control, también la falsa pretensión que le corresponde es la más banalizada en el campo de las políticas de género y sexualidad. No sé si se habrán dado cuenta de que, ahora que el feminismo reformista se ha puesto de moda, algunos hombres y sobre todo cada vez más mujeres no dudan en afirmarse como feministas -ese adjetivo, que hasta hace unos años era visto como un insulto, se ha vuelto habitual, pero no sin insistir en algo que dicen es esencial para ellos: que, por respeto a la naturaleza, las mujeres sigan siendo mujeres y los hombres sigan siendo hombres. Pero ¿de qué naturalezas hablan? De la misma manera, cuando un «hombre» se hace cargo de una pequeña parte del trabajo doméstico, se apresuran a hablar de un gran paso hacia la igualdad de género y hacia la liberación de las mujeres. Esos actos de liberación me

provocan tales carcajadas que mi pecho se pone a vibrar como un tambor sobre el que bailase un ciempiés. La libertad de género y sexual no puede ser una distribución más justa de la violencia, ni una aceptación más pop de la opresión. La libertad es una salida, un túnel. La libertad, como ese nuevo nombre por el que ahora me conocen, o este nuevo rostro vagamente hirsuto que ven ante ustedes, no te la da nadie, se fabrica.

Y mi puerta de escape fue, entre otras cosas, la testosterona. En este proceso, la hormona no es de ninguna manera un fin en sí misma: es una aliada en la tarea de inventar un afuera. Así, administrándome primero pequeñas dosis y luego inyectándome cantidades más importantes, fue como gradualmente abandoné el marco de la diferencia sexual. El artista Del LaGrace Volcano dice que ser trans es ser intersexual de diseño. Y eso es exactamente lo que ocurrió. A medida que la testosterona trabajaba mi cara y cuerpo, mi voz y mis músculos, se hizo más difícil mantener mi identidad administrativa como mujer. Y comenzaron los problemas de desplazamiento e identificación en las fronteras. Cuando comprendí que abandonar el régimen de la diferencia sexual significaba dejar la esfera de lo humano y entrar en un espacio de subalternidad, violencia y control, hice -como hizo Galileo en su época cuando se retractó de sus puestos heliocéntricos - todo lo necesario para poder seguir viviendo y exigí un lugar dentro del régimen de género binario.

Así fue como, habiéndoseme asignado género femenino en el nacimiento, y viviendo como mujer supuestamente libre, con el objetivo de fabricar un túnel, acepté el yugo de identificarme como transexual y, por tanto, acepté que mi subjetividad, mi cuerpo, mi que, fueran considerados, según el saber que ustedes profesan y defienden, como patológicos. Pero déjenme decirles que he encontrado en esta condición de aparente sometimiento más libertad de la que tenía como supuesta mujer libre en la sociedad tecnopatriarcal de principios del siglo XXI, si por libertad entendemos salir, vislumbrar un horizonte, construir un proyecto, tener la posibilidad de, aunque solo sea por breves momentos, experimentar la comunidad radical de todo lo vivo, de toda la energía, de toda la materia, más allá

de las taxonomías jerárquicas que la historia de la humanidad ha inventado. Si el régimen de la diferencia sexual puede imaginarse como una red que limita nuestra percepción y nuestra forma de sentir y de amar, la travesía de la transexualidad, por tortuosa y accidentada que parezca, me ha permitido experimentar la vida y la percepción fuera de la red.

Y, por paradójico que parezca, el túnel de salida iba a pasar, en mi caso, por un estricto y académico aprendizaje de los mismos lenguajes con los que mi cuerpo y mi subjetividad habían sido encadenados. De la misma manera que el profesor de La casa de papel estudia la arquitectura invisible de un banco para idear una estrategia que le permita no solo entrar -lo que resulta relativamente fácil-, sino, y sobre todo -y esto ya es más complejo-, salir con el botín, yo estudié la arquitectura cognitiva de la diferencia sexual, sabiendo muy bien que sería aún más difícil que en *La casa de papel* encontrar el botín y huir con él. Recorrí el laberinto de las instituciones que en nuestra sociedad gestionan la verdad del género y de la sexualidad y, en sus meandros, consumí a muchos instructores. Di la vuelta a muchas universidades, aprendí el lenguaje de los filósofos, de los psicoanalistas y de los sociólogos, de los médicos y de los historiadores, de los arquitectos y de los biólogos. ¡Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende; uno estudia cuando se trata de encontrar una salida! ¡Se aprende de manera despiadada! Se controla uno a sí mismo con la fusta, flagelándose a la menor debilidad. ¡Qué progreso! ¡Qué avance cuando los rayos del conocimiento entran en el cerebro bobo de un simple transexual!

Y como los saberes que permiten deconstruir el pensamiento dominante entraron en las universidades norteamericanas a partir de los años setenta, después de la crítica poscolonial y de la progresiva emancipación de los movimientos feministas, homosexuales y obreros, pude acceder, junto a los saberes normativos, a numerosas formas de conocimiento subalternas que recogían las experiencias de resistencia, de lucha y de transformación de aquellos que históricamente habían sido objeto de exterminación, violencia y control. Estudié las tradiciones del feminismo negro y del feminismo lesbiano, de la crítica anticolonial y de los

movimientos posmarxistas. Todo ese aprendizaje me hacía feliz. No lo sobreestimaba, ya entonces. ¡Y cuánto menos lo sobreestimo ahora! Con un esfuerzo que parecía excesivo considerando mi supuesta condición de enfermo mental y psicótico, alcancé la cultura académica de un hombre burgués europeo. Cuando en la Universidad de Princeton me entregaron un doctorado y vi a un grupo de adiestradores aplaudiendo frente a mí me di cuenta de que debía tener cuidado. Allí estaba otra vez la jaula: esta vez dorada, pero tan sólida como todas las anteriores. Pensé en la lente expresión castellana «Salir por patas» y eso fue lo que hice: puse mis piernas en miento y me escurrí.

Y fue mi condición de «doctor» la que sin duda simplificó el camino, que para la mayoría de los transexuales es un calvario, de conseguir nuevos papeles de identidad en una sociedad binaria. Después de varias visitas a distintos psicólogos adiestradores que pudieran otorgarme un certificado de «buen transexual», pronto me di cuenta de que ante mí se abrían dos posibilidades: el ritual farmacológico y psiquiátrico de la transexualidad domesticada, y con él el anonimato de la masculinidad normal, o, bien, contra ambos, el show de la escritura política. No lo dudé. La masculinidad naturalizada y normal no era más que una nueva jaula. Quien allí entra no vuelve a salir. Y elegí, estimados señores y señoras. Me dije: habla, no te calles. Y es así como hice de mi cuerpo y de mi mente, de mi supuesta monstruosidad, de mi deseo y de mi transición un espectáculo público: allí estaba de nuevo lida. Y volví a escapar, también de domesticadores médicos, que se parecían mucho a ustedes, queridos académicos del psicoanálisis. Digamos que no tenía otra opción, siempre asumiendo que no se trataba de *elegir* la libertad, sino de *fabricarla*.

Aunque me administraba testosterona con regularidad, solo fui reconocido como hombre socialmente mucho más tarde. Primero, aunque ya tenía algo de barba y bigote, los seres binarios de la sociedad heteropatriarcal se obstinaban en llamarme «Señorita»; lo hacían mientras me miraban despectivamente: a veces se les escapaba un «bollera» cuando yo me volvía de espaldas. Hasta que un día, después de haberme inyectado durante tres meses una dosis de doscientos

cincuenta miligramos de testosterona cada veintidós días, abrí la boca y de mi garganta salió una voz ronca y rugosa. Yo fui el primero en asustarme, como si mis órganos fonadores hubieran sido poseídos por un ser que me era desconocido. No fue la masculinidad de la voz lo que me asustó, sino su diferencia con respecto a la voz con la que todos -incluido yo mismo me reconocían. Luego salí a la calle y empecé a hablar con aquella voz que era al mismo tiempo mía y ajena. Mis primeras palabras me hicieron irrumpir de un salto en la comunidad de los hombres, que me recibieron como nunca lo habían hecho antes: « ¡ Escuchen, habla, es un hombre ! » Sentí esas palabras como un hierro que con fuego me marcaba como aceptado en la comunidad viril. El primer día el triunfo duró poco tiempo, pues inmediatamente después la voz se quebró y volvió a fallarme. Después, poco a poco, aquella voz extranjera se instaló en mí. Es con esa voz, completamente fabricada y absolutamente biológica, con la que les hablo ahora, estimados señores y señoras de la Academia.

Cuando empecé este proceso de transición, tardé un tiempo en entender los códigos de la masculinidad dominante. Pero, aunque les parezca mentira, nada me resultó tan difícil como acostumbrarme al hedor y la suciedad de los baños de hombres. Me martirizaban el olor, los chorros de orina que se distribuían de igual manera dentro y fuera de los retretes, ya pesar de mis buenas intenciones pasaron semanas antes de que lograra vencer esa repulsión. Hasta que me di cuenta de que esa suciedad y esa pestilencia correspondían a una forma de relación estrictamente homosocial: los hombres habían creado un círculo fétido para ahuyentar de él a las supuestas mujeres y dentro de ese círculo, en secreto, eran libres de mirarse los genitales, libres de tocarse, libres de bañarse en sus propios fluidos, fuera de toda representación heterosexual. Mientras las mujeres entraban en los baños para rehacer su mascarada heterosexual, los hombres iban allí para olvidarse de su heterosexualidad por un momento y afirmar un escondido goce de estar solos, sin esos extraños álgos que eran las mujeres y de los que se acompañaban después socialmente para ejercer una función reproductiva y heteroconsensual. A través de esta y otras experiencias, las cosas empezaron a parecerme menos binarias aún de

lo que habría podido imaginar cuando todavía ocupaba la posición política de mujer, más complejas y multiformes. Detrás de las máscaras de la feminidad y de la masculinidad dominantes, detrás de la heterosexualidad normativa se ocultaban múltiples formas de resistencia y de desviación.

Lo primero que aprendí como hombre trans fue a caminar por la calle siendo mirado por los otros como si fuera un hombre más entre los hombres. Aprendí a mirar de frente y hacia arriba en lugar de mover los ojos hacia los lados y hacia abajo. Aprendí a sostener la mirada de otros hombres sin bajar los ojos y sin sonreír. Pero en ese aprendizaje nada fue tan importante como entender que, como supuestamente «hombre» y supuestamente «blanco», en un mundo patriarcal-colonial, podía acceder por primera vez al privilegio de la universalidad. Un lugar anónimo y tranquilo donde te dejan sagradamente en paz. Nunca había sido universal. Había sido mujer, había sido lesbiana, había sido migrante. Conocía la alteridad, pero no la universalidad. Si renunciaba a afirmarme en público como trans y aceptaba ser reconocido como hombre, podría abandonar de una vez por todas el peso de la identidad.

¿Por qué están ustedes convencidos de que solo los subalternos tenemos identidad? ¿Por qué están ustedes convencidos de que solo los musulmanes, solo los migrantes, solo los maricas amanerados, solo los negros tienen identidad? ¿Y ustedes, los normales, los hegemónicos, los psicoanalistas blanquitos de la burguesía, los binarios, los patriarcal-coloniales, no tienen ustedes identidad? No hay identidad más esclerotizada y rígida que su identidad invisible. Su identidad ligera y anónima es el privilegio de la norma de género, sexual y racial. Todos tenemos identidad. O, mejor dicho, nadie tiene identidad. Todos ocupamos un lugar distinto en una red compleja de relaciones de poder. Estar marcado con una identidad significa simplemente no tener el poder de nombrar como universal tu propia posición identitaria. (...) No soy nada de lo que ustedes piensan que soy. Ni yo mismo sé lo que soy. Lo que cada uno es no es más fácil de saber que la posición exacta de un electrón en un acelerador de partículas.

(...)

Mi vida fuera del régimen de la diferencia sexual es más hermosa que cualquier cosa que ustedes y su psicología hubieran podido prometerme como recompensa por la aceptación de la norma. Si mientras cavo este túnel hacia la salida he aceptado el nuevo yugo de ser reconocido como hombre es para mostrar mejor la falacia que subyace a todas las identificaciones de género. Ese yugo también me ha traído algunas ventajas que acepto de tanto en tanto como un vaso de agua en un desierto político. Los que ignoran mi condición de trans me tratan con las prerrogativas y las deferencias con las que se dirigen a los hombres blancos en la sociedad patriarco-colonial. Quizás yo podría disfrutar también de esos estúpidos favores, pero para eso tendría (¡tarea imposible!) que haber perdido la memoria.

Los recuerdos de mi vida pasada como mujer no solo no se han borrado sino que permanecen vivos en mi mente, de manera que, contra lo que la medicina o la psiquiatría creen y preconizan, no he dejado de ser completamente Beatriz para convertirme solo en Paul. Mi cuerpo vivo, no diré mi inconsciente ni mi conciencia, sino mi cuerpo vivo que engloba todo, absolutamente todo, en su mutación constante y en sus múltiples devenires, es como una ciudad griega, en la que los edificios contemporáneos trans conviven con postmodernas arquitecturas lesbianas y con bellas mansiones femeninas art déco, bajo cuyas fundaciones subsisten ruinas clásicas, restos animales o vegetales, fundamentos minerales y químicos a veces invisibles. (...)

El monstruo es aquel que vive en transición. Aquel cuyo rostro, cuyo cuerpo, cuyas prácticas y lenguajes no pueden todavía ser considerados como verdaderos en un régimen de saber y poder determinado.

(...)

No vengo a hablarles con animosidad. Yo mismo he sido psicoanalizado durante diecisiete años por diversos analistas, freudianos, kleinianos, lacanianos, guattarianos... Todo lo que les digo se lo digo no como un outsider, sino como un cuerpo del psicoanálisis, como un monstruo del diván.

En primer lugar, no me sería posible calificar estas experiencias múltiples con un solo adjetivo, ni bueno ni malo. El éxito o el fracaso de mis análisis dependió en gran medida no de la lealtad de los analistas a Freud, Klein o Lacan, sino, por el contrario, de su «infidelidad» o, para decirlo de otro modo, de su creatividad, de su capacidad para salir de la «jaula». Durante diferentes sesiones, pude observar como todos mis analistas tuvieron que luchar con y contra el marco teórico en el que habían sido educados para poder escuchar a una persona trans sin anteponer el diagnóstico, la crítica o la reforma. En algunos casos, mi supuesta cura dependió precisamente de mi capacidad de darme a la fuga y escapar de la norma del psicoanálisis, como cuando dejé una terapia en la que el analista intentaba por todos los medios que yo pudiera deshacerme de lo que él pensaba que eran las «múltiples formas de fetichismo que amenazaban mi sexualidad femenina». Lo que para el analista eran desviaciones fetichistas constituían para mí experimentaciones fundamentales hacia una nueva epistemología del ser vivo sexual, más allá de la dicotomía hombre-mujer, pene-vagina. En otros casos, pude hacer una parte del camino acompañado de psicoanalistas que yo llamaría disidentes en la práctica, aunque silenciosamente discretos en la teoría. Quiero pensar que mayoría de los psicoanalistas que están hoy aquí y que me escuchan forman parte de ese grupo aún hoy silencioso pero creativo y potencialmente revolucionario. A ustedes me dirijo en primer término.

Ni ustedes ni nadie tienen por qué ser fieles a los errores del pasado. No estoy denunciando aquí la misoginia de Freud, ni el racismo o la transfobia de Lacan. Lo que estoy denunciando es la fidelidad del psicoanálisis, elaborado durante el siglo xx, al paradigma de la diferencia sexual y a la razón colonial dominante en Occidente. Ese no es un problema que se resuelva con buena intención individual, del mismo modo que la buena intención de Bartolomé de las Casas no sirvió para superar la epistemología racista y las prácticas políticas de exterminación de las poblaciones indígenas del continente americano.

Tienen una responsabilidad colectiva.

Por último, quería decirles que la inquietud y el evidente alboroto que sienten ustedes al oírme, el deseo irrefrenable de negar mis palabras, la urgencia de explicar lo que digo en relación con mi aparente condición de “disfórico de género”, ya forma parte de la crisis que suscita la controversia epistemológica que atraviesa el psicoanálisis contemporáneo. Y esta crisis es vital, es productiva.